

La Membrana, libro 1

Crisálida

D. Rose

Muestra de lectura

La gente de este libro

Julia Marek, 33 años, comadrona en el Hospital Gregorio Marañón. Creció en San Blas. Vive sola en Lavapiés, en una corrala. Iba cada día al trabajo en bici, hasta que llegaron los camiones que giran a la derecha. Su hombro lo sigue contando cuando cambia el tiempo. Julia trabaja en la única frontera que nunca se podrá cerrar.

Tarek Aydin, 41 años, conductor de la EMT, línea 27. Nacido en Madrid, en San Cristóbal, hijo de turcos, vive en Vallecas, 68 metros cuadrados, cinco personas. El hombre más amable de su línea. Nunca tuvo un cuarto propio y no desea nada con más fuerza que una sola hora de silencio.

Sandra Aydin-Torres, nacida Torres, 38 años, auxiliar de geriatría en el turno de tarde. De Vallecas de toda la vida. Casada con Tarek desde 2017. Vuelve a casa desde hace veinte años con las llaves entre los dedos. Su oficio solo funciona con las manos abiertas.

Los niños: Iker, 13 años, lo firma todo como «I. Torres» y puede demostrar estadísticamente por qué. Ayla, 10 años, lleva listas de palotes sobre la vida familiar y hace trabajos de clase sobre la periodista Maruja Torres. A Nico, 3 años, le gusta golpear las cosas.

Dra. Marta Vidal, 47 años, física venida de León, fundadora de Aigis Sistemas en el Campus Sur. Madre de Lucía, que murió en una multitud la última noche del año 2026. Marta, después, construyó algo. Lleva una pulsera de niña bajo la manga y su

propio campo a cero.

Valentín Soler, 64 años, cerrajero jubilado, Lavapiés, el taller en el patio de la corrala. Viudo. Durante cuarenta años les abrió sus puertas a los madrileños. Su semana es una agenda de contactos de repuesto. Vecino de Julia. Engrasa candados de bicicleta sin que nadie se lo pida.

Inspectora Elena Marcos, 43 años, Homicidios, Madrid. De Gijón, y se le nota cuando está cansada. Divorciada porque el trabajo siempre llamaba primero. En buenos términos con su exmarido, cortés con la nueva mujer de este, en conflicto permanente con el piso vacío de Chamberí. Su hijo Iván vive con el padre en Valencia. Su herramienta son las personas.

Tomás Salas, 45 años, electrónico de instalaciones, técnico de mantenimiento por cuenta de Aigis. De Albacete. Muy listo, muy ordenado, muy educado, de una educación que te hace sentir más pequeño. De su vida privada nadie sabe nada. No es casualidad.

Dra. Simin Arasteh, 36 años, desarrolladora de firmware en Aigis. Nacida en Teherán, criada en Bilbao. Escribe tickets que más vale no cerrar.

Augusto de Riaño, 59 años, heredero naviero y banquero de Santander, inversor. Un hombre encantador que no quiere volver a esperar, oler, ser empujado, abordado ni tocado nunca más. Compra cosas que todavía no existen.

El coadjutor Lucas Beltrán, 31 años, parroquia de San Andrés, La Latina. Cree que ante Dios se comparece sin armadura.

Todavía dará que hablar.

Y Madrid. Tres millones y medio de personas que se prometen cada mañana no verse. A eso lo llaman cortesía. Es el contrato más viejo de la ciudad, y nadie lo ha firmado nunca.

Prólogo: Nochevieja

De Lucía Vidal hay que saber más que su muerte, porque si no acabará perteneciendo a los que solo conocen de ella su muerte. Así que: Lucía Vidal, diecisiete años, escucha una música que su madre califica de «sin estructura», cosa que Lucía ha reciclado como elogio. Quiere estudiar biología marina o escenografía, según el día de la semana. Sabe imitar a la gente, al segundo exacto, a la profesora de lengua, al presentador del telediario, a su madre al teléfono con la Oficina de Patentes, y ese don, dice ella, solo lo pone al servicio del bien, con la sonrisa de alguien que interpreta las fronteras del bien con generosidad. Trenza pulseras, desde quinto de primaria, por costumbre, viendo la tele, hablando, sus dedos lo hacen solos. Medio León lleva sus pulseras, más tarde medio Campus Sur.

Y tiene un pacto con su madre, desde hace años, viene aún del tiempo de los columpios: Marta no está obligada a entrar. En ningún castillo hinchable, ninguna fiesta del colegio, ninguna multitud. Marta se queda en el borde, ese es su sitio, nunca ha sabido hacerlo de otra manera, entre la gente todo se le estrecha, ya era así en León, en los grandes almacenes, cuando se llenaban. El pacto dice: Lucía entra, Marta espera en el borde, y cuando Lucía sale, levanta la mano, un momento, como un nadador. Eso es todo. Durante diecisiete años el pacto aguantó, en cada mercadillo navideño, en cada concierto, y habría aguantado también la última noche del año 2026 si el mundo se atuviera a sus probabilidades.

La carpa de conciertos junto al río, en Madrid Río, cuelga el cartel de aforo completo; delante, una feria, casetas de caldo y de churros, una noria que gira en la noche fría. Lucía ha ido con tres amigas; Marta las ha llevado en coche, porque el metro va a reventar y porque conducir es su manera de estar sin estar. Aparca lejos y acompaña al grupito hasta la valla del borde de la feria, su puesto, un vaso de caldo en la mano, que no se bebe, está para sostenerlo.

«A la una en la noria», dice Lucía, ya medio dentro de la multitud.

«A la una en la noria».

«Mamá». Lucía vuelve una vez más, dos pasos a contracorriente, y este es el pasaje que Marta reproducirá mil veces en los años siguientes, hacia delante, hacia atrás, a cámara lenta: Lucía vuelve, se quita el guante, coge la muñeca de Marta y le desliza algo por la mano, trenzado, rojo y amarillo y violeta. «La he terminado hoy. Me ha quedado un poco pequeña. Te la quitas si te aprieta».

«Ya me aprieta».

«Así sabrás que está ahí». Lucía sonríe su sonrisa de las fronteras del bien, levanta la mano, un momento, como un nadador, y la multitud se la lleva.

Lo que ocurre después ha sido examinado muchas veces, y Marta ha leído todos los informes periciales, y ninguno lo cuenta bien, porque los informes empiezan por las causas y nunca por el estar de pie. Marta está en la valla. Son las

veintitrés cuarenta. La feria debe vaciarse en la carpa a medianoche, después de las campanadas, para el gran concierto, pero la carpa abre tarde, dos de las seis puertas se atascan, y la feria sigue llenándose, por detrás, desde el metro, nadie cuenta, es Nochevieja, quién cuenta en Nochevieja. El paso entre la feria y la explanada de la carpa mide ocho metros de ancho; dos vallas lo estrechan a cuatro cincuenta, y por qué, dos tribunales querrán establecerlo y no lo establecerán. Hacia medianoche empieza en el paso lo que los dictámenes llamarán «compresión retrógrada» y para lo que la lengua de la gente de antes no había necesitado palabra: la multitud refluye, ola tras ola, y queda comprimida por su propio suministro, cinco por metro cuadrado, seis, siete.

Marta lo ve desde la valla. Esa es la parte que no entiende nadie que no estuviera allí: se ve, y no se ve. Una multitud llena y una multitud que se muere se parecen casi del todo, vistas desde fuera; la diferencia es una frecuencia, un vuelco del movimiento, los brazos que están arriba en vez de abajo, y Marta, la física, que se ha pasado la vida leyendo interfaces, lo lee antes que la mayoría. A las doce y cuatro le escribe a Lucía: «¿Dónde estáis». A las doce y cinco: «Lucía». A las doce y seis pasa por encima de la valla.

Llega dieciocho metros.

Dieciocho metros: los midió a pasos más tarde, una tarde gris de febrero, cuando el recinto de la feria estaba vacío y el paso no era más que un trozo de asfalto. Dieciocho metros es lo que carga la rabia, después toma el relevo el medio. La multitud no

es un obstáculo, es un estado: blanda, cálida, llena de buena voluntad, invencible. La gente le hace sitio como puede; no puede nadie, no hay sitio que hacer. Grita el nombre de Lucía, y a su alrededor cien más gritan cien nombres más, ese es el ruido de aquella noche, el que ya no se sacará de los oídos: una multitud que se llama a sí misma por su nombre y no se oye.

En algún momento la multitud la devuelve a la valla, con suavidad, definitivamente, como el mar devuelve a un nadador, y allí se queda, con el móvil mudo en la mano, y espera, y la noria sigue girando por encima de todo, porque a nadie se le ha ocurrido pararla, y desde sus cabinas la gente graba los fuegos artificiales sobre la ciudad.

Catorce personas mueren en el paso, de pie, erguidas, apoyadas unas en otras como libros. Trece desconocidos y Lucía Vidal, diecisiete años, biología marina o escenografía, según el día de la semana.

Marta se entera a las cuatro de la madrugada en un polideportivo habilitado como punto de atención, por una policía formada para ello que aun así tiembla. Le preguntan si hay alguien para ella, si alguien puede venir. Dice que sí, para que la mujer pueda dejar de preguntar. No viene nadie, no hay nadie, desde el padre de Lucía, desaparecido pronto y a conciencia, solo han existido ellas dos: una en el borde, la otra en la multitud, unidas por una mano levantada.

Lo que queda de esa noche se ordena, en las semanas siguientes, en tres cosas.

La primera es la pulsera, que aprieta. No se la quita. La sanitaria la vio y quiso ensancharla, por cuidado, y Marta, por primera vez en su vida, apartó de un golpe la mano de otra persona.

La segunda es una frase del informe final, página 212, una nota a pie, técnica, de pasada: «A partir de una densidad superior a seis personas por metro cuadrado, el individuo queda pasivamente expuesto a las fuerzas de presión del colectivo; las reacciones individuales de protección resultan ineficaces». Marta lee la nota en una mesa de cocina, en febrero, de noche, y la relee, una vez y otra, y en algún momento se levanta, coge un bloc y se pone a calcular, no para olvidar, eso no lo ha dicho nunca, sino para contradecir la frase. Las reacciones individuales de protección resultan ineficaces. Tendría que haber, escribe, con su letra recta, una reacción que no venga del individuo ni del colectivo. Una tercera instancia. Una frontera que no negocia, porque no sabe negociar. Si se pudiera detener la materia por encima de una velocidad umbral, selectivamente, en una capa fina.

A las seis de la mañana el bloc está lleno, y el voto tiene una ecuación.

Y la tercera es el pacto, que sobrevive, transformado, como sobreviven los contratos cuando falta una de las partes: desde entonces, Marta vuelve a estar en el borde. En el borde de cada congreso, de cada nave, de su propia empresa. Espera; nadie lo llamaría así viéndola trabajar, pero ella lo sabe muy bien, solo que nunca se lo ha dicho a nadie: que todos estos años, en cada

sala llena, ante cada banco de pruebas, mira la multitud con medio ojo, por si en algún sitio, entre las cabezas, un momento, como la de un nadador, sube a pesar de todo una mano.

Con algo así a la espalda no se monta una empresa. Con algo así, exactamente, se monta una.

Primera parte: Los contratos

Capítulo 1: Línea 3, 5:42

Hay una regla en el metro lleno que no está escrita en ninguna parte y que sin embargo todo el mundo conoce: puedes tocarlo todo, menos con los ojos.

Voy de pie en el tercer coche de la Línea 3, con la cara a unos veinte centímetros del hombro de un hombre que huele a tabaco frío y a chicle de fresa, y los dos hacemos, con gran esmero, como si el otro fuera aire. Él mira su móvil. Yo miro el punto entre su oreja y la ventanilla, allí donde Madrid pasa sin dejarse ver, negro, cables, de vez en cuando el fogonazo blanco de un andén. Detrás de mí, alguien me respira en la nuca. No sé quién es, no lo sabré nunca, y exactamente eso es el acuerdo.

Las cinco cuarenta y dos, Tirso de Molina. Se abren las puertas, y el andén empuja hacia dentro una nueva carga de gente, aunque aquí, según las leyes de la física, ya no cabe nada. A esta hora, la física está fuera de servicio en esta ciudad. Una mochila me da en las costillas, una mujer murmura «perdona» sin mirarme, y yo me desplazo dos centímetros a la izquierda, dos centímetros que no tengo. El hombre del chicle de fresa levanta el móvil más alto, como un tubo de buceo.

Soy comadrona, Julia Marek, paritorios del Gregorio Marañón. Lo digo de entrada porque explica todo lo que viene después. Mi oficio consiste en acercarme a desconocidas más de lo que jamás se acercarán sus propios familiares, y precisamente en las tres o cuatro horas de su vida en las que menos cortesía les queda. Sujeto a mujeres que me gritan. Seco frentes que no son

mías. Somos la última profesión de la ciudad que aún trabaja con las dos manos, dice mi compañera Charo, y luego se ríe con su risa de fumadora, que suena como una Vespino arrancando.

Quizá por eso sé describir tan bien lo que pasa de verdad en este vagón. Los demás toman esto por estrechez. Yo lo tomo por una obra maestra. Ciento cincuenta personas en un coche, cada una al alcance de diez manos ajenas, y no pasa nada. Nadie grita. Nadie muere. Todo el mundo lleva encima sus paredes invisibles, construidas de miradas, de auriculares, de una mochila apretada contra las rodillas, y cada uno mantiene en pie las paredes del otro no mirándolas. Esto no es estrechez. Es un contrato con tres millones y medio de firmas, de las que no existe ni una sola.

Mi hombro se hace notar cuando el tren arranca de golpe. El hombro es mi barómetro. Anuncia los cambios de tiempo, y cuenta una historia si se le deja: durante dos años fui al trabajo en bici todos los días, entonces todavía al Hospital del Henares, en Coslada, dieciséis kilómetros de ida, dieciséis de vuelta, Lavapiés, el Retiro por el borde, toda la carretera de Alcalá, en verano un regalo, en invierno una prueba de carácter. Dos años, dos accidentes. Las dos veces un vehículo girando a la derecha, las dos veces la misma física: un camionero mira el retrovisor, y en ese retrovisor yo no estoy. La segunda vez le tocó al hombro, la articulación, toda la mecánica. Cuando pude volver a trabajar pedí el Gregorio Marañón, cuatro kilómetros en vez de dieciséis, y la doctora Blasco, mi nueva jefa de servicio, me citó en su despacho la primera semana, me puso delante un té y

dijo: «Marek, he leído su expediente. Lo digo una vez y no lo repito. Se acabó la bici. La necesitamos». Al decirlo miraba mi hombro como a una compañera que hubiera presentado su dimisión.

Desde entonces voy en metro. Mi bici está en el patio y la uso unas tres veces al año, los domingos, cuando la ciudad duerme y los camiones también. Se puede decir así: he cambiado la libertad por la estadística. La estadística es más puntual, pero huele a chicle de fresa.

En Sol cambio a la Línea 2, en Manuel Becerra a la Línea 6, y en O'Donnell salgo a la superficie, y el vagón exhala detrás de mí como una cosa viva. Fuera, la mañana es fría y tranquila, y durante diez buenos minutos, calle abajo hacia el hospital, el mundo me pertenece. Es mi ración diaria de soledad: diez minutos, dos semáforos, un horno del que sube olor a levadura. Tengo compañeras que vienen al trabajo en coche solo para alargar esa ración. Charo dice que su coche es el único espacio del mundo donde puede cantar, maldecir y hablar con su madre muerta, y todo al mismo tiempo, y yo le creo cada palabra.

A las seis y media recojo el paritorio dos del turno de noche. A las siete y cuatro, una mujer que se llama Patricia me aprieta la mano tan fuerte que se me duerme el anular.

Patricia tiene treinta y dos años, es primeriza, lleva once horas de parto y se encuentra en el punto que yo llamo el punto de vuelco: el momento en que a un ser humano le da igual todo lo que le importó la vida entera. La dignidad. El peinado. La

elección de las palabras. La bata lleva horas tirada en alguna parte, el crucigrama que le trajo su marido también, y Patricia cuelga en vertical de mi cuello como una náufraga y me brama al oído que se quiere ir a casa.

«Lo sé», digo. «Ahora mismo lo hacemos. Primero el niño».

Su marido está al lado y hace lo que hacen los hombres en el paritorio cuando son buenos: está y no estorba. Sostiene la botella de agua como un testigo de relevos. A las ocho y seis se cambia la botella a la mano izquierda, porque Patricia le ha triturado la derecha. Eso luego no lo cuenta nadie: que aquí las mujeres hacen puré manos de hombre, también las menudas, sobre todo las menudas. He visto padres del brazo de mujeres de metro cincuenta y cinco llevar durante días una mano azul como una condecoración. Uno dijo una vez que por lo menos ya sabía lo que era una contracción. Su mujer se rio tanto que se disparó el monitor. Entre medias, el marido me mira con esa mirada que conozco desde hace años y que me sigue gustando, la mirada de alguien que entiende por primera vez que la cercanía no es un sentimiento, sino un trabajo.

A las ocho y diecinueve está la niña. Una cría de tres kilos doscientos, furiosa como un ministro pequeño. Se la pongo a Patricia sobre el pecho, piel con piel, y Patricia, que hace diez minutos todavía maldecía su existencia entera, hace ese ruido que ninguna lengua del mundo sabe escribir, mitad risa, mitad su contrario. El marido llora dentro de la botella de agua. Yo estoy al lado, con los guantes llenos de vida, y pienso lo que pienso siempre en estos momentos: este es el único lugar de la

ciudad donde el contrato no rige. Aquí se mira, se toca, se grita, se huele, y nadie pide perdón. El paritorio es la excepción que demuestra que la regla es un invento.

En el relevo de las dos, Charo cuenta una noticia que ha leído en internet. Una empresa del Campus Sur, dice, trabaja en un aparato que te hace la distancia automáticamente. «Un campo, imagínate. Como una burbuja. Ya no se te puede acercar nadie».

«¿Acercarse a quién?».

«A ti. A cualquiera que lleve el chisme».

Me quito los guantes y los tiro al cubo. «¿Y entonces quién sujeta a las Patricias?».

Charo se encoge de hombros. «Eso no lo pone».

En el camino de vuelta el metro va más vacío, medio lleno solo, lo que en Madrid significa: puedes elegir al lado de quién no quieres sentarte. Juego al juego al que juega todo el mundo y que todo el mundo cree jugar en secreto. ¿El asiento suelto? Ocupado. El asiento junto a la mujer dormida: bien. El asiento junto al hombre que habla a gritos por teléfono: ese queda libre hasta el final de línea, lo sabe la ciudad entera. Me siento junto a la dormida, huele a canela, y durante veinte minutos somos la pareja perfecta: dos personas que no quieren nada la una de la otra.

En casa, en la corrala, tercer piso, Valentín está en el patio. Valentín es mi vecino, sesenta y cuatro años, cerrajero jubilado,

y tiene la costumbre de reparar cosas que nadie le ha pedido reparar. Hoy está arrodillado junto a mi bici, que lleva apoyada en la pared desde la primavera como una mala conciencia, y engrasa el candado.

«Esto chirría», dice sin levantar la vista.

«Si casi no la uso, Valentín».

«Por eso. Lo que no se usa hay que cuidarlo. Lo que se usa se cuida solo». Se incorpora, le crujen las rodillas, y se limpia los dedos en un trapo que lleva siempre encima, probablemente también durmiendo. «El cambio te lo hago el jueves».

«No tiene usted que hacerlo».

«No tengo», dice satisfecho, y se va hacia su puerta, despacio, con ese andar de los hombres que han trabajado cuarenta años de rodillas delante de puertas ajenas. En la puerta se da la vuelta. «Julia. Si un día vuelves a hacer bizcocho».

«El sábado», digo.

«Yo solo lo digo». La puerta se cierra.

Arriba, en mi cocina, como de pie lo que da de sí la nevera, y el piso está tan silencioso como yo lo deseaba esta mañana a las seis en el metro. Ese es el chiste de mi vida, y lo conozco desde hace mucho: durante doce horas estoy para todos, con las manos, con los oídos, con todo, y cuando por fin no tengo que aguantar a nadie, no hay nadie a quien aguantar. Me he ganado una hora de estar ilocalizable y recibo a cambio una tarde de soledad. La dosis no cuadra nunca. En nadie que yo conozca.

Fuera, un avión cruza sobre el patio, y en algún lugar debajo de mí un hombre viejo engrasa cosas que nadie usa, para que mañana alguien llame al timbre y se queje, y yo pienso en la burbuja de Charo, en ese aparato del Campus Sur que te hace la distancia automáticamente.

Automáticamente. Como si la distancia hubiera sido el problema, y no la dosis.

Friego el plato, lo dejo escurriendo, y mi hombro dice: mañana llueve.

Y acierta.

Capítulo 2: Línea 27

Tarek Aydin conoce su autobús mejor que su casa, lo que también se debe a que el autobús es más grande.

Dieciocho metros de articulado, matriculado el decenio antepasado, un asiento de conductor que en nueve años se ha ido amoldando hasta el punto de que los compañeros del primer turno maldicen cuando lo heredan. La 27 va de Embajadores a Plaza de Castilla, atravesando todo lo que Madrid tiene que ofrecer: Lavapiés, el Prado, Cibeles, la Castellana entera, y cuando uno lleva esta línea el tiempo suficiente, dice Tarek, ya no necesita periódico. Basta con mirar quién sube, quién se baja dónde y quién no quiere sentarse al lado de quién.

Las seis quince, glorieta de Embajadores. Sube el primer turno: dos hombres con pantalón de pintor, una enfermera con su termo, un chaval con bolsa de deporte que parece haber pasado la noche en vela y volver ahora a casa en libertad condicional. Tarek saluda a cada uno con la cabeza. La mayoría le devuelve el gesto. Hay conductores que miran obstinadamente al frente, y está Tarek, que es de la opinión de que un conductor de autobús es el último portero de esta ciudad. Alguien tendrá que saber quién entra.

Observa por el retrovisor interior el espectáculo que lleva nueve años viendo cada mañana y que todavía lo entretiene: la elección de asiento. El autobús es el laboratorio más honrado de la humanidad. Primero se llenan los asientos individuales,

todos, siempre, sin excepción. Luego los dobles, y según un escalafón que no está escrito en ninguna parte y que sin embargo todo el mundo lleva en la cabeza: primero al lado de la viejecita menuda, luego al lado de la mujer de los auriculares, luego al lado del señor pulcro del maletín. El asiento junto al hombre que habla solo queda libre hasta que el autobús revienta. Y el asiento de ventanilla es una trampa, eso lo saben todos: quien se sienta ahí tendrá que pedir más tarde su liberación, «que me bajo en la próxima», ese medio levantarse, ese girar las rodillas hacia el pasillo, toda esa pequeña diplomacia.

En Atocha el autobús se desborda. Ahora rige la segunda regla: todos se aprietan y nadie se aprieta. Las mochilas se quedan en los hombros, donde hacen de escudos. Una mujer estrecha el bolso contra el pecho como a un bebé. Dos adolescentes cuelgan al fondo, en el rincón donde cuelga la juventud desde que existen los autobuses, y delante, junto a Tarek, se juntan los viejos, porque delante va el conductor y el conductor es la autoridad. Tarek calculó una vez que en una mañana de hora punta transporta unas mil doscientas personas, de las que ni una sola se tocaría voluntariamente, y que sin embargo se tocan todas, todo el rato, en las barras, en los agarraderos, en los hombros, y que eso solo funciona porque todos hacen como si no estuviera pasando.

«No mirar, no hablar, no oler», dijo una vez su hermano Emre, de visita, «vuestro transporte público es como un matrimonio muy malo». Emre vive en Izmir, conduce un taxi y habla con

cada cliente, quiera el cliente o no. Desde entonces Tarek le manda mensajes de voz desde las cocheras, pequeños partes desde el país de los callados. Emre contesta con mensajes de voz en los que siempre se oyen gaviotas y casi siempre risas.

A las dieciséis treinta Tarek entrega el autobús y vuelve a casa como pasajero, metro hasta Portazgo, y el portero se convierte otra vez en viajero: se coloca junto a la puerta, se pone los auriculares, sin música, solo de escudo, y mira un punto por encima de todas las cabezas. Hay que conocer las reglas para apreciarlas. Hay que administrarlas el día entero para odiarlas.

El piso: Vallecas, octavo, sesenta y ocho metros cuadrados, cinco personas. Cuando Tarek abre la puerta ejecuta lo que él llama el paso de la esclusa: la chaqueta al gancho donde ya cuelgan cuatro chaquetas, los zapatos a la estantería que ya no es estantería sino un montón con historia, y luego quedarse quieto dos segundos y escuchar qué le espera.

Hoy: Nico. El de tres años sale disparado por el pasillo como algo que en rigor habría que llevar con correa y se agarra a la pierna de Tarek, y Tarek recorre los últimos metros hasta la cocina como un hombre con un niño de grillete, y es el mejor momento de su día, todos los días. La puerta del piso de al lado sigue abierta; enfrente, la señora Fátima recoge sus cosas de punto; ella se queda con Nico los días en que Sandra tiene turno de tarde, hasta que llega Tarek, desde hace años, y se le paga en pestiños y en gratitud.

En la mesa de la cocina, Ayla está inclinada sobre un cuaderno. Ayla tiene diez años, las cejas serias de Sandra y una manera de

mirar a los adultos que pone nerviosos a algunos profesores. Delante de ella, una regla.

«¿Qué es eso?», pregunta Tarek.

«Estadística». Ayla no tapa el cuaderno, Ayla no tapa nunca nada, no le hacen falta los secretos. «Estoy contando una cosa».

«¿Qué cuentas?».

«Todavía no lo digo. El estudio está en marcha».

Tarek decide no hacer más preguntas, porque sabe por experiencia que los estudios de Ayla acaban tarde o temprano en periódico mural, casi siempre en un momento incómodo. El año pasado documentó durante cuatro semanas quién cambia el papel higiénico y con qué frecuencia, y presentó los resultados en la cena, con diagrama. Tarek no salió bien parado.

Del cuarto que comparten Iker y Nico sale Iker, trece años, con la camiseta de jugar, y abre la nevera con la naturalidad de un hombre que da por sentado que la comida es un fenómeno natural.

«Papá. Dile a mamá que llame al colegio. Hoy me han vuelto a pasar lista como Aydin».

«Te apellidas Aydin. También».

«Me apellido Aydin-Torres», dice Iker con dignidad, «y en versión corta, Torres. Es mi nombre artístico. Te lo tengo explicado, es estadística».

«Explícamelo otra vez», dice Tarek, porque adora la

explicación.

Iker deja la leche y levanta un dedo. «Hubo un delantero apellidado Torres que fue campeón del mundo en 2010. Fernando Torres. El Niño, papá. Y el gol de la final de la Eurocopa de 2008, el único de todo el partido, lo marcó él. ¿Cuántos campeones del mundo se han apellidado Aydin? Cero. Cero, papá. Yo juego de delantero. Esto no es una opinión, son matemáticas».

«Maruja Torres ganó el Premio Planeta en el año 2000», dice Ayla sin levantar la vista. «Los Torres también sabemos escribir».

«¡Los goles no se escriben!».

Tarek los deja dirimir el asunto y pone agua a hervir. Le divierte que sus hijos compitan por la mitad española de su apellido compuesto como otros hermanos compiten por la habitación más grande. Ayla también quiere ser Torres, pero por una razón completamente distinta: leyó en la biblioteca del colegio un retrato de la periodista Maruja Torres, que contó medio mundo en las páginas de El País y ganó el Premio Planeta en el año 2000, y desde entonces Ayla dice frases como: «Las cosas hay que contarlas, no solo mirarlas». Este año presenta su tercer trabajo de clase sobre ella. La maestra sugirió con prudencia que quizá podría elegir a otra persona, y Ayla respondió que todavía no había terminado con el tema.

Sandra tiene turno de tarde y no vuelve hasta pasadas las once. Así que Tarek cocina lo que sabe cocinar: macarrones, tomate

frito, queso rallado en la cantidad que Nico considera adecuada, es decir, todo. Hay ruido en la mesa. Siempre hay ruido en la mesa. Iker cuenta el entrenamiento, Ayla corrige los números de Iker, Nico canta la canción del queso, que ha compuesto él mismo y que consiste en la palabra queso, y Tarek está sentado en medio y come y asiente y piensa en una cosa que jamás diría en voz alta.

Le gustaría pasar una hora sin oír nada.

No para siempre. Ni siquiera una tarde. Una hora. Quiere a cada una de las personas de esta mesa con una fuerza que a veces lo asusta a él mismo, y aun así existe ese punto, casi siempre hacia las siete, en que su cabeza va tan llena como el autobús en Atocha, y entonces querría que todos los ruidos del mundo se bajaran un momento en la próxima parada. Nunca tuvo un cuarto propio. De niño no, en San Cristóbal, donde dormía junto a Emre y las cajas de herramientas del padre, y ahora tampoco: sesenta y ocho metros cuadrados, tres habitaciones y una alcoba. Los padres once, Iker y Nico juntos catorce, Ayla la alcoba sin ventana, su reino, ay del que la llame trastero. Descontado todo eso, a los adultos les quedan menos de treinta metros cuadrados, y encima está el sofá. El espacio más privado de Tarek es un asiento de conductor, y es de la EMT.

Después de cenar acuesta a Nico, que es un procedimiento con tres instancias: dientes, cuento, negociación sobre la puerta del cuarto, una rendija abierta, siempre una rendija. Luego se sienta en el balcón, siete minutos, su cabina de conducir sin pasajeros,

y le manda a Emre el mensaje de voz del día.

«Hoy», dice bajito al teléfono, «uno llevaba el móvil tan alto en el bus que tres personas han suspirado a la vez. A la vez, Emre. Como un coro. Aquí eso es el máximo de sublevación. Te lo digo yo: a esta ciudad no le falta más que una membrana entre todos, y por fin habría silencio, y entonces se pondrían todos a llorar porque el silencio había llegado. Besa a los niños. Y a las gaviotas».

A las veintitrés cuarenta oye la llave. Sandra entra con esa cara de final de turno que él conoce, cansada de una manera que no viene de estar de pie, y él le calienta los macarrones y se sienta con ella y no pregunta nada, porque a veces ella tiene que comer primero para que el día pueda salir de ella.

«La señora Herrero ha llorado hoy cuando me iba», dice en algún momento. «Siempre me sujeta la mano. He tenido que soltarle los dedos uno a uno. Como a un niño el primer día de guardería, pero al revés».

Tarek pone su mano sobre la de ella. Así se quedan un rato en la cocina, donde todavía huele a canción del queso, dos personas a las que el día entero se les ha acercado demasiado otra gente y que ahora, cuando por fin habría sitio, no guardan voluntariamente ninguna distancia.

En el dormitorio, más tarde, Tarek oye a través de la pared crujir la cama de matrimonio de los vecinos, la radio del viejo de abajo, el ascensor, que de noche suena como un suspiro dentro del hueco. Sesenta y ocho metros cuadrados, cinco

personas, y alrededor un bloque con otras cuatrocientas, pared con pared con pared.

Una hora sin oír nada, piensa Tarek mientras se duerme. Solo una hora.

Fin del extracto

El libro completo: «La Membrana, libro 1: Crisálida» de D. Rose.

Madrid, 2031. Un aparato promete a cada persona un espacio propio e inviolable. Lo que encierra, y lo que cuesta.